

Oficio de Pájaro

“Vide tan grandes crueldades que nunca
los vivos tal vieron ni pensaron ver.”

Fray Bartolomé de las Casas

Adolfo Antonio Ariza Navarro

Narrador y poeta

Correo electrónico: zulcarein@hotmail.com

La semana anterior había sentido el primer zarpazo de animal grande. Ulpiano Palmera, el dueño de la tienda de abarrotes que había a la entrada de la población de Piñuelas (a una hora a caballo del lugar de donde yo vivía), había sido asesinado. Sus homicidas habían llegado a altas horas de la noche en un tractor provisto de una enorme carraca y habían cargado con todo lo que había en la tienda, incluido el tendero.

No recuerdo dónde ni cómo encontraron el cadáver de Ulpiano. ¿Para qué recordarlo? No era cualquier tipo de muerte la que aquella gente nos proporcionaba. Si en alguna parte les he encontrado similitud, tengo que remitirme a la no tan *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* colegida por fray Bartolomé de las Casas donde yo creía que se describían las muertes más espantosas que el mundo civilizado haya conocido. Pero los asesinos de entonces no contaban con una pirámide de llantas traseras de tractor en las que los nuevos verdugos introducían vivas a sus víctimas para luego prenderle fuego hasta la consunción final, tanto del hombre como del caucho.

Por esos días de 1998 yo había empezado a escribir mi novela *Afuera estaba la noche*, escogida ocho años después como ganadora de la X Bienal de Novela José Eustasio Rivera. En el discurso de premiación dije que, en su argumento, me había adelantado a los acontecimientos que se producirían semanas después en mi pueblo, borrado literalmente del mapa de la geografía colombiana por la violencia paramilitar.

A decir verdad, mis palabras se quedaron cortas para describir lo que allí sucedió. Como otras tantas veces (y aunque suene a lugar común), la

Recibido: 20 de noviembre de 2013 * **Aprobado:** 10 de diciembre de 2013

realidad había superado la ficción. Lo cierto es que en cada cuartilla que escribí por esos días sentí que se me iba la vida, que se me saltaba el corazón. Que en la construcción de algunas escenas de la novela tuve que parar la redacción porque los ojos se me llenaban de lágrimas. Hoy confieso que, en varias ocasiones, tuve que correr a secarme el rostro con una toalla porque temí que mi mujer me sorprendiera llorando por algo que todavía no había sucedido. Cuando sucedió, ya no tuve llanto para llorar a las víctimas. Sentí que una Hidra terrible y voraz me había escupido y me había convertido en un charco de rabia y dolor.

* * *

Antes de continuar, pido disculpas a quienes lean estas páginas por el desorden con que relaciono los hechos, pues mi memoria no es lo bastante confiable. Mis recuerdos al respecto saltan como liebres huyendo del cazador. A veces no logro entender cómo alguien con tan pésima memoria (soy incapaz de recordar a la hora de la cena lo que comí durante el almuerzo) pudo tener la osadía de convertirse en escritor. Olvido tan fácilmente lo sucedido como Cristo pidió olvidar la cachetada en la mejilla. Sólo que cuando la cachetada ha sido propinada con tanta saña y crueldad, quedan huellas, como migajas de pan, por donde es posible volver a recoger noticias del pasado. Seré, en esta narración, esa especie de pájaro que pica aquí y allá persiguiendo un alimento dolorosamente amargo, probablemente innecesario.

Yo era negociante en mi pueblo (algo como para no creer en alguien que escasamente sabe contar con los dedos de las manos y los pies). Compraba a los pequeños ganaderos del sector su producción semanal de queso. Digo pequeños, porque los más prósperos tenían la posibilidad de pagar una acción en la empresa recolectora de leche de la región (cooptada después por los paramilitares), asociarse y lograr que les pagaran mejores precios. Producir queso en la zona donde me tocó nacer, crecer (y un poco vivir), siempre será la opción del ganadero pobre, que se somete a los vaivenes del precio volátil de un producto que depende de las fluctuaciones (muchas veces del estado de ánimo) de los negociantes del mercado. El precio del queso siempre anda a la baja y hay miles de mentirosas razones para que suceda: porque llueve, porque es tiempo de subienda y hay mucho pescado (¿quién va a ser tan imbécil de comer queso si hay pescado barato?), porque los niños salieron del colegio (¿durante las vacaciones los niños no comen queso?), porque el mercado está inundado de aguacates (¿que va del queso al aguacate?), porque hay feria en Cali (el mayor comprador del producto en el país), porque ya vienen los carnavales, porque un grupo de sujetos armados se han apoderado de la

población de San ángel (Magdalena), tienen cantidades de ganado robado en su poder y dada su ilegalidad, inundaron de queso el mercado. ¿Adivine el lector de quiénes se trataba? De paramilitares, por supuesto.

Un día, en una fecha que no puedo precisar, me interceptaron en una estación de gasolina en Fundación –Magdalena– y propusieron venderme cinco toneladas de queso a precio de miseria. No acepté. El comerciante siempre sospecha. Aprendí a ser comerciante. No es paja, yo sospeché. Pero había otra razón más poderosa para no aceptar: no tenía el dinero suficiente para comprarles su enorme producción semanal.

El mejor mercado para vender queso en la Costa Atlántica ha sido siempre Ciénaga Grande (el San Juan de la Ciénaga de Gabriel García Márquez). Pero el mercado cienaguero tiene un límite. Cinco toneladas de queso semanal, agregadas a la cantidad acostumbrada que consumía la ciudad por entonces (y que cuatro o cinco pequeños negociantes, como yo, surtíamos), era una cifra devastadora para el mercado. A los paramilitares asentados en San Ángel, Magdalena, no les importó reventar los precios. Inundaron el mercado y yo sentí que el agua me subía hasta el cuello. Empezaba a quebrarme y conmigo a los pequeños ganaderos de la región, a quienes les compraba su producción bruta semanal.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Estoy contando el final de la historia y la liebre no debe saltar demasiado. No obstante, lo enunciado nombra una realidad y en nuestra tradición de pueblos atrasados solemos confundir el final con el principio, pues aquí se cumple a cabalidad la parábola del eterno retorno de Nietzsche. Es como jugar un eterno partido de fútbol que se recomienza cada tanto y en el que, a pesar del recambio de jugadores, se vuelve a perder en una interminable carrera de puntos suspensivos que se prolongan hasta el infinito.

En aquella semana de la que hablo, mientras escribía la novela, era también la segunda vez que Justo Castro, uno de mis clientes, me contaba que habían llegado hombres armados a su finca. Hacía cosa de un mes había arribado el primer grupo. “Se portaron sensatos y amables, y hasta dieron las buenas tardes”, me refirió Justo. Uno de ellos, de barba abundante y mirada inquisitiva, le pidió a Anuncia, la mujer de Justo, que le hiciera el favor de venderle una gallina. Anuncia tenía el patio cundido de gallinas. Me constaba, pues, en alguna ocasión, con Nicolás Orozco, el inspector del pueblo, habíamos estado en su parcela, invitados por la pareja de esposos, y habíamos pasado una tarde de sancocho y trago inolvidable.

Esa vez le pregunté a Justo si sabía quiénes eran los hombres. “La gente del monte”, me contestó en un tono confidencial, con el temor que causa ser escuchado siempre que se habla de esta clase de asuntos. Es una realidad: el ser de las cosas exige una forma de lenguaje único y personal. La clandestinidad requiere un lenguaje secreto, clandestino, como el hecho que nombra. Le pregunté qué actitud había asumido su mujer. Me dijo que les había dicho que ella no vendía sus gallinas, pero que si tenían mucha hambre, podían agarrar cualquiera de las que andaban picoteando por el patio, que para ella sería como si se la hubiera comido el gavián. Los hombres la agarraron (la más gorda de todas, me contó Justo) y se marcharon en dirección a los playones, el desagüe final de las aguas de la Ciénaga Grande del Magdalena.

Ahora que habían regresado por segunda vez, Justo estaba preocupado. Habían dejado, olvidada en alguna parte, la amabilidad y el respeto que habían mostrado en su primera visita. No sólo habían querido comprarle una gallina a su mujer, sino que pretendían que Anuncia les cocinara el sancocho.

Le aconsejé a Justo que dejara la administración de la parcela encargada a una persona de confianza y que se fuera a pasar un tiempo a Piñuelas o a Fundación donde sabía que tenía familiares que podían acogerlo y que esperara a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Quizá, con la llegada de las lluvias, las cosas pasarían. Días después asesinaron a Ulpiano Palmera.

* * *

La semana siguiente un grupo de militares hizo su arribo al pueblo y lo que más pareció sorprenderles fueron los graffittis que encontraron pintados en algunas de las paredes. Eran de mi autoría y mostraban una simpleza y una ingenuidad que todavía hoy me horroriza. Uno de ellos lo había extraído del argumento de la novela que estaba escribiendo: *La vida está hecha de largas esperas*, rezaba. Alguno de los soldados preguntó por la persona que había hecho los escritos. Alguien mencionó mi nombre. El soldado tomó su fusil de dotación, apuntó hacia la pared donde estaba garabateado el texto y tal como si efectuara una ráfaga explotó: pum, pum, pum...

Le dije a mi mujer: el día que vengan a matar a alguien a este pueblo, no dudes que yo seré el primero de la lista. Esa semana tomé todo los libros que se me antojaron “comprometedores”, en caso de llegar a producirse una pesquisa militar, y los escondí en el techo de palma de una vieja porqueriza.

El diario del Che, Siembra viento y recogerás tempestades, de Patricia Lara y *El diálogo es un sancocho*, una entrevista concedida por el desaparecido jefe máximo del M-19, Jaime Bateman Cayón, al periodista Juan Guillermo Ríos, donde planteaba, por primera vez, la necesidad de entablar un diálogo nacional. Una fotografía de Carlos Pizarro León Gómez, asesinado recientemente, en un avión comercial, en pleno vuelo, enmarcada en un soporte de cristal, colgada en una de las paredes de la sala; fue necesario destrozarla con una piedra de amolar, lo que para mí significó asesinar al líder guerrillero por segunda vez.

No pude salir de la sorpresa cuando días después descubrí los libros ocultos en manos del profesor Hidalgo Bolaños, un amigo que había llegado a visitarnos. “¿Maestro, usted que hace?”, lo increpé. “Nada, leyendo”, me dijo, con ingenuidad, sin reparar en el grupo de militares que por segunda vez, en una semana, hacía, en ese momento, su entrada al pueblo. Eran cerca de veinte y pasaron por la puerta de la casa sin saludarnos. Lucían cansados, algo desastrados, con las armas en Bandolera y las camisas abiertas, como flacas y sucias banderas; sudando como animales. Sus edades oscilaban entre los treinta y los cuarenta y cinco años. Pararon en el billar del mono Ismael Bolaños y en la tienda de su medio hermano Eduardo que quedaban contiguas, a la salida del pueblo. Tomaron refrescos y se acomodaron como pudieron bajo los alares.

El que parecía ser el comandante del grupo hizo demostraciones de artes marciales con un taco de billar con el que divirtió a los niños que se le acercaron. Luego trató de enseñarles cómo se efectuaba una llave quebradora y cómo se desarmaba y armaba, en par patadas, su Pietro Beretta. Mi hermano Juan Carlos, que estaba tomando trago, coincidió con él en el orinal del billar. “Bonito este pueblo, pero se va a acabar”, dijo el hombre, como si hablara para sí mismo, sabiendo que mi hermano lo escuchaba. “¿Y usted cómo lo sabe?”, le preguntó Juan Carlos. “Me lo dijo un pajarito”, dijo el hombre, saliendo del orinal.

Esa tarde, el camión de pasajeros que viajaba diariamente a Fundación, el lugar más caluroso que se pueda encontrar en todo el litoral del Caribe, se demoró en llegar y los hombres preguntaron si no había otro vehículo en el pueblo que los pudiera acercar a la carretera municipal. Alguien debió hablarles de mi camioneta: una Chevrolet Silverado, modelo 76. Fueron a buscarme. Le dije al comandante que lo sentía mucho, pero que no podía llevarlos a ninguna parte, pues no tenía suficiente gasolina para hacer dos viajes de ida y vuelta, de ocho kilómetros (no cabían todos en el platón de la

camioneta), que me tomarían alrededor de una hora, dado el mal estado de la carretera y regresar al día siguiente a Fundación. Me pidió encarecidamente que no lo dejara colgado, que entendiera que pronto se haría de noche y si yo no era un mentiroso, como lo eran todos en el pueblo, sabía que en las cercanías había mucha presencia guerrillera y temía que pudieran sorprenderlos en una emboscada antes de llegar a la intercepción con la carretera municipal.

Vaya si lo sabía. Sólo dos días antes mi hermana Ana Cecilia, la dueña de la otra tienda que había en el pueblo, había tenido que salir huyendo, acosada por una carta anónima firmada supuestamente por un frente de las FARC. Cecilia era una preocupación constante para la familia. Estaba entre dos fuegos. La guerrilla la odiaba por hablar demasiado (según decía la carta) y, el hecho de tener una tienda la convertía en el blanco preferido de una incursión paramilitar. Nadie ignoraba que la política de estos grupos se centraba en cortar la cadena de suministros a los grupos guerrilleros, asesinando a los tenderos de los pueblos de la región, tal como había sucedido con Ulpiano Palmera. Fundación, Magdalena, era una prueba contundente de aquella cruel estrategia. En una ciudad donde el ochenta por ciento de sus habitantes estaba dedicado al comercio, los dueños de graneros caían como nísperos maduros, picoteados por pájaros fatales.

A decir verdad, a mi hermana se le había ido la lengua con la gente que iba a comprar a su tienda. Ingenua, hasta los tuétanos, no había dejado de mostrar su sorpresa al ver la enorme cantidad de dinero que estaba circulando por las calles de un pueblo que trabajaba al fiado. Era una realidad de a puño. Allí todo el mundo le debía a todo el mundo de tal forma que, al cuadrar las cuentas, uno terminaba debiéndose a sí mismo. Pero ahora había dinero contante y sonante trajinando por las calles. Los picops de las cantinas no paraban de sonar y recuas de burros y mulos, cargados de compras, salían a diario para los montes. Era como si (y así lo expuso ella a todo aquel que quisiera oírle), alguien estuviera alimentando a un ejército numeroso acampado cerca del pueblo.

A mi hermana le dieron veinticuatro para salir.

Fue muy duro para ella tener que huir, dejando todo tirado. La tienda de abarrotes, la finquita cultivada de gallinas, chivos, cerdos y pavos: toda una vida dedicada al trabajo. Mi hermana nunca se había ausentado del pueblo por más de dos o tres días. Decía conocer a Barranquilla, Santa Marta y Cartagena, como la palma de su mano, pero su ombligo estaba enterrado en un palo de

acacia en el patio de su casa. No creyó nunca en los pasos de animal grande que yo había sentido una semana antes, pues pensó que se trataba de una trapisonda de la competencia (los dueños de la otra tienda) para que les dejara libre el camino del comercio en el pueblo. La hicimos ir a regañadientes y allá, en el exilio, mientras buscaba el modo de parapetar un negocio en las calles barranquilleras, pensando que era preferible tirársele a una buseta en marcha, que vivir lejos de su gente y de su pueblo, le llegó la terrible noticia de que habían asesinado a Eduardo Salcedo, el dueño de la otra tienda.

* * *

—Comandante, usted sabe que si yo hago lo que usted me pide, voy a quedar mal visto en el pueblo. Usted tiene hombres y todos están armados. Han pasado hoy por aquí, pero lo más probable es que nunca más los volvamos a ver. No puedo decir lo mismo de mí. Yo tengo que quedarme. Yo soy de aquí, vivo aquí y no tengo ni siquiera un corta uñas con que defenderme.

Al militar no le importaron las razones que yo expusiera ni los costos que me acarrearía la ayuda que ahora pudiera suministrarle. Él sólo quería salvarse y, supuestamente, salvar a sus hombres. Insistió tanto para que lo llevara que no dudé que, si seguía negándome, él, o sus hombres, terminarían disparándome. No vi otra opción que montar a su ejército desastrado en mi camioneta y sacarlo del pueblo.

* * *

No quedó en el pueblo, o en sus alrededores, una sola persona que conservara un arma defensiva, o de caza. El grupo guerrillero del que se decía se había tomado la región (nunca los vi), fue cuidadoso desarmando a los cuidanderos de fincas y a los propietarios de parcelas. Llegaban al anochecer, le preguntaban al dueño de casa si tenía algún tipo de arma (un revólver o una escopeta para cazar) y se la cambiaban por una inservible. Así le quitaron el revólver a Justo Castro y a sus hermanos. También le retuvieron el Smith and Wesson, treinta y ocho, recortado, que me facilitó el Jimmy Viloría por los días que liberaron a Juan Carlos, mi hermano (al que mencioné páginas atrás), secuestrado el año anterior por un grupo delincuencia que, luego de la entrega, fue barrido de la faz de la tierra por la intervención del padre de una de sus víctimas anteriores, que hizo las cosas del tal forma que mi familia quedó en la mira del resto de la pandilla de criminales como la autora de los atentados.

Una serie de indicios me indicó que tenía que armarme para defender a mi familia (mi mujer y mi niño de dos años). El Jimmy Viloría, el amigo de toda

la vida, de sonrisa amplia y bigotes de mariachi, estuvo ahí para socorrerme con su treinta y ocho recortado. Afortunadamente para mí, nunca tuve que usarlo, de no ser para practicar mi inútil puntería con dos palos de campano. Mientras conservé el revólver conmigo, siempre tuve presente las palabras de Arturo Cova, el protagonista de *La Vorágine*, la novela inmortal de Rivera: “El hombre que tiene un arma está a un paso de la desgracia”. Yo era consciente de que estaba a un paso del abismo, pero debo decir, sin orgullo, que ha sido la única vez que he pensado en matar a cualquiera que se hubiera acercado a dañar a mi familia. Yo no importaba, yo estaba enfermo de muerte. Todos los estamos cuando nacemos en un país madrastra de sus propios hijos.

Carl Jung, el fundador de la llamada psicología profunda, decía que los seres humanos somos propuesta y resultado. Cada vez que me recuerdo con aquel revolver en las manos dispuesto a vender cara mi vida y la de mi familia, me convenzo más de las palabras de la periodista María Jimena Duzán quien ha asegurado en algunas de sus columnas dominicales que todo colombiano que se respete lleva un paraquito anidándole en el pecho. ¿De dónde nos viene el talante violento y la consigna cruel según la cual, antes que me den a mí, yo debo dar?

El protagonista de mi novela *Flores en la madrugada* (aún inédita) asegura que asesinamos porque alguien dañó a nuestros antepasados. Que conocemos del abismo por los anuncios de la sangre. Eliminamos al otro porque todos aspiramos a salvarnos. Lo que puede empezar como una simple venganza puede terminar convertido en un abierto baño de sangre que incluye secuelas terribles en la memoria. Para hablar en plata blanca debemos decir que los colombianos somos hipócritas y acomodados. Cristianos de una hora, de mañanas de domingo, cuando en el sermón nos recuerdan lo que después, al salir de la iglesia, juzgamos como las impracticables enseñanzas del Cristo.

* * *

Mi sentencia estaba dictada. Mi actuación decía a las claras de qué lado estaba. No obstante, mis ideas libertarias (¡qué libertarias ni qué ocho cuartos!), y antigobiernistas, conocidas de sobra por mis amistades, la ayuda a los militares me había convertido en un agente del gobierno. Había que liquidarme, como había que liquidar a Rafael, mi hermano mayor, que se largó sin avisarme dos días antes de que yo saliera del pueblo. Un primo de su mujer me contó que la noche anterior un grupo de hombres había estado buscándolo en su casa, que quedaba por los lados de la cancha de

fútbol (la misma que aparece descrita en el segundo capítulo de *Afuera estaba la noche*), y que menos mal que, acogiéndose a regañadientes una recomendación suya, había aceptado dormir en casa de sus suegros. Al día siguiente encontraron las puertas de la casa destrozadas y las huellas de decenas de pisadas marcadas por botas pantaneras en el apisonado suelo del patio, ablandado por la lluvia reciente. Mi hermano Rafael era propietario de una suerte bárbara. Agarró la lotería con todas sus cifras. Sin hacer absolutamente nada (excepto brindar su enorme corazón), había logrado lo que quizá ningún colombiano ha obtenido en toda la historia: hacer parte de las dos listas en espera de ser asesinados. Tanto la de la guerrilla, como la de los paramilitares. Si esta relación de hechos no fuese tan trágica, aquella era una situación como para cagarse de la risa, pues dejaba en evidencia la contradicción que existía (y aún existe) entre los grupos en contienda. Hasta ese momento, sólo habían logrado ponerse de acuerdo en una cosa: matar a mi hermano.

Cuando Rafa volvió años después al pueblo y se compró un hermoso caballo (pues no es muy amigo de andar en motocicleta), el comandante paramilitar que dominaba en la zona se enamoró de la estampa de aquel brioso e imponente animal que mi hermano bañaba y acicalaba parapetado tras una ceiba en el patio, tratando de evitar que alguno de sus esbirros lo descubriera y se le ocurriera mandar a prestárselo, como era costumbre en ellos cuando decidían internarse a patrullar montaña adentro. Sucedió lo que todos esperábamos. Un día, un combatiente (¿combatiente?) fue por el caballo y a mi hermano no le quedó otro remedio que prestárselo. Una semana después Rafa no reconocía su hermoso semental. Lo cabalgaban dos alegres puticas que hacían parte del grupo que contrataban los jefes durante los fines de semana para calmar el deseo sexual de sus mastines, acantonados en una finca cercana al pueblo. Mi hermano no soportó el mal trato que daban a su caballo. Salió a la calle y sabiendo que lo iban a matar, apostrofó a las putas y a un “combatiente rapado”, apodado el Búho, que las acompañaba, montado en el anca, y les quitó el caballo. Pero mi hermano, insisto, tiene una suerte bárbara. Los paramilitares terminaron entregándose mentirosamente dos meses después y ninguno de ellos se acordó de cobrarle su insolencia.

* * *

Aquel jueves, al regresar, luego de entregar el cargamento de queso en Ciénaga Grande, encontré en la estación de taxis de Fundación a algunos conocidos que me dieron la gran noticia de que me había salvado de milagro. Según estos, en un retén montado por la guerrilla desde las cinco y media de la madrugada, en la trocha que conducía al pueblo, habían estado

averiguando por el dueño de la camioneta que había sacado el día anterior a los militares. Yo acostumbraba a salir siempre un poco antes de las cinco de la mañana. Esa angustiada costumbre de madrugar, que aún conservo, me salvó la vida.

No era mi día supongo, como no lo fue el siguiente, ni el que le siguió al siguiente, porque yo sólo volví hasta el miércoles de la otra semana para pagar lo que debía, recoger el queso del jueves y despedirme para siempre del pueblo que me había visto nacer y hecho hombre. Aquel jueves salí con mi familia a las seis de la tarde (cuando nadie en el pueblo esperaba que saliera), y le dije adiós a la mitad de mi vida con la mano izquierda.

Dos semanas después, estando en Fundación, esperando el arribo del camioncito de pasajeros en el que me enviaban algunas cosas que había dejado olvidadas con la prisa de la partida, supe la noticia de que la noche anterior un grupo de sesenta hombres armados hasta los dientes (encaramados en la enorme carraca de un tractor), habían cargado con la tienda de abarrotes de Eduardo Salcedo y lo había asesinado a la salida del pueblo. Tiempo después conocí apartes de la confesión del asesino. Estaba casado con una sobrina del difunto. Le pidió a su mujer que lo perdonara, que no había sido su culpa. Que había tenido la mala suerte de que el comandante que dirigía el grupo lo escogiera para dispararle a su tío, pero que bien pudo haber escogido a otro “combatiente”. A él no le había quedado más remedio que hacerlo. De haberse negado, otro hubiera sido el asesinado.

Días más tarde, cuando el pueblo creyó que los asesinos se habían conformado con la sangre derramada por Eduardo, otro grupo de hombres armados, montados a caballo, apareció cabalgando por sus calles. Esta vez a plena luz del día. Traían una lista con quince nombres de habitantes del pueblo. Lo que ocurrió está narrado con pelos y señales en el cuerpo del *Poema Inicial*, mi primer texto poético. Y digo primero, porque hasta ese momento, jamás había escrito un verso, pero la vida, o la tragedia, hizo que me hiciera poeta a mis cuarenta y un años.

El poema, que es un verdadero reclamo a los poetas y al Dios de los hombres, por hacerse los indiferentes y no denunciar, los primeros, y no evitar, el segundo, lo que estaba pasando, empieza diciendo:

*Ahora que Dios hace la siesta
y los poetas están dormidos,
voy a iniciarme en un poema.*

Tres guerrilleros que iban ese día a ajusticiar (según sus palabras), a un ladrón de cerdos y chivos, se encontraron de sopetón con los hombres que tenían alineada a la gente en el centro de la cancha de fútbol del pueblo. La refriega no se hizo esperar y todos corrieron. A Emiro, mi ahijado, un chico de dieciséis años, desaparecido tiempo después en la población de Arenal, Bolívar, (donde fue a buscar trabajo), lo cogió a patadas un paramilitar por estorbarle la huída. Georgina, la mujer de Juan Arena, que, ante la ausencia de mi hermana y la muerte de Eduardo Salcedo, empezaba a montar una tiendecita, decidió dejar el dinero que tenían como capital sobre la mesa de la sala, porque temió que cuando los hombres llegaran a revisar, no encontrarán nada. Imera, la mujer del viejo Pedro Marte (uno de los fundadores del pueblo), no quería irse todavía porque el caldero de arroz que tenía puesto al fuego, no había acabado de secar y cuando los muchachos volvieran de los cultivos no encontrarían nada con qué calmar el hambre. Al flaco Arturo, el cuñado de Juan Arena (que no era flaco ni recuerdo en verdad si se llamaba Arturo), todos le huían cuando les pedía que le ayudaran a quitarse las esposas con que lo habían atado, como si estuviese contagiado de una brutal enfermedad. Ninguno de los escapistas olvidaba que, cuando se armó la refriega, los paramilitares estaban afilando una navaja para castrarlo.

Al día siguiente, ubicado bajo un toldo en la estación de camioncitos mixtos de pasajeros que llegaban de los corregimientos vecinos a Fundación, pude ver el arribo de los grandes camiones cargados, atiborrados de camas, mesas, colchones, taburetes, cerdos, gallinas y chivos; abuelos y niños. Ha sido, sin duda, el día más triste de mi vida.

* * *

Ya lo he contado otras veces. Tengo un sueño recurrente. En él estoy siendo perseguido. Corro hasta que se acaban mis fuerzas. El último lugar al que recorro para esconderme son las tumbas del cementerio. Entonces, acurrucado en un espacio reducido que huele a encierro y sabe a cemento, escucho cómo alguien le dice a los perseguidores que deben buscar en otra tumba, que esta, en la que están, es la tumba del poeta Joaquín Vizcaíno, muerto dos años antes del día del desplazamiento.

Dos días después del zafarrancho, tal como lo prometieron (habían dado un plazo de veinticuatro horas para recoger las cosas y abandonar el pueblo), un ejército de hombres armados, ataviados con prendas militares, llegó y cumplió su promesa: quemó las casas construidas con tanto esfuerzo.

Al atardecer del día siguiente, cuando los esqueletos de las casas aún humeaban, Sebastián, el padre de mi sobrina (la protagonista del texto *El jefe de finanzas* que hace parte de *Cuentos para después que todo haya pasado*, mi colección de textos que dedico al tema), con el rostro inundado de lágrimas, prometió ante la presencia del “Niño dios”, su chofer de toda la vida, que reconstruiría el pueblo. No tuvo tiempo. A él, un hombre minusválido que había sobrevivido años atrás a la catástrofe de las corralejas del veinte de enero en Sincelejo, le falló su corazón de setenta y dos años y se consumió como un pajarito.

* * *

Las cosas no pararon ahí. A la semana siguiente, igual que el asno que regresa al lugar donde lo han espantado, algunas personas regresaron a una región infestada de paramilitares. Los hermanos Arnulfo y Santiago Ortiz, y su primo Joaquín, también apodado el Murciélagu, que fueron a averiguar por un ganado desperdigado (que ya estaba en manos de los hombres), fueron asesinados. Los hicieron picadillo y enterraron sus partes en las laderas del arroyo Quebra Barro. Su primo Clodomiro vio todo. Aún no se explica por qué no lo asesinaron al igual que sus familiares. Dicen que su mente flaqueó luego de presenciar tan terrible espectáculo; pero yo no puedo asegurarlo.

Definitivamente, mi negocio estaba destinado al fracaso. La mayoría de mis clientes fueron asesinados. Casi todas sus muertes están mal poetizadas (¿qué muerte se podría poetizar?) en *Regresemos a que nos maten amor*, mi libro ganador del Premio de Poesía Ciudad de Santa Marta, en el año 2008. Manuel Moreno (el hombre de los ojos de alce), Justo y su hermano, el mono Castro y otros tantos más. Incluido el Jimmy Viloría a quien la muerte se la tenía velada, que, si bien se salvó de la tortura el día que los paramilitares lo colgaron dos horas de un árbol de campano, fue sorprendido por un ataque al corazón, un año después, mientras ordeñaba su exíguo corral de ganado.

A Justo lo mataron en Piñuelas, al lado de El Poe, su hermano mayor. La semana anterior a su muerte había visitado su parcela por última vez y descubierto que el ordeñador se había volado con la producción de queso de la semana. Cuando regresaba, encontró a un grupo de paramilitares haciendo un retén en la carretera. Le pidieron que se identificara. Le preguntaron luego si conocía al hombre que yacía amarrado, fuertemente golpeado, bajo la escuálida sombra de un árbol de guácimo. Él lo reconoció de inmediato. Era su trabajador. A su lado estaba el queso que había hurtado.

Le preguntaron si aquel costal, con su contenido, era de su propiedad. Justo dijo que sí. Le preguntaron si estaba enterado de que aquel hombre, que decía ser su trabajador, lo había robado. Justo no quería aceptarlo, porque sabía que aquello significaría la sentencia a muerte del hombre, pero no le quedó otro remedio. Si no decía la verdad, podrían cogerla con él. Además, ya había aceptado que era su trabajador y que el queso era de su propiedad. Justo dijo que sí. Los hombres le dijeron que puesto que le creían, era hora de que tomara justicia por su propia mano. Le dieron un revólver para que le disparara. Justo intentó hacerlo, pero no pudo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Dicen que incluso se orinó como un niño de pecho. Lo que Justo ignoraba era que, antes de su llegada, el trabajador no sólo había aceptado el robo, sino que, buscando salvarse, había entregado falsa información sobre sus actividades a los paramilitares. Lo había acusado de ser colaborador de la guerrilla, de hacerle sancochos de gallina cada vez que pasaban por su finca. No lo mataron allí. Al parecer no tenían prisa. Esperaron la noche para ir a su casa y cazarlo en compañía de su hermano.

En cuanto a El Poe, dicen se portó traste, pues sabiendo que lo iban a matar, debió, en vez de entregarse, usar su revólver y llevarse con él a algunos cuantos.

* * *

La única casa que se salvó de la destrucción, fue la de mi familia. Fue la que más le gustó, para acampar, al jefe paramilitar de la época. En ella se quedó a vivir con sus hombres varios meses. Años después cuando las cosas tuvieron que hacerse menos visibles, se trasladaron para una casa finca cercana al pueblo.

Las casas son solo objetos. No actúan, como los hombres. No pueden mostrarse de acuerdo o en desacuerdo con quienes deseen habitarlas. Aquella, nuestra casa, era una casa amable, hospitalaria. Esa era su historia. La construyeron en una sucesión de días domingos, y en su construcción colaboraron todas las personas que vivían por entonces en el pueblo, que fueron las mismas siempre (con sus descendientes) desde que tengo memoria. El maestro de obras fue Maximiliano. Un carpintero sin apellido, sin historia, que enterramos otro día domingo sin cura y sin familia y al que al pastor protestante Eusebio Ortiz (retirado en ese momento de la religión), le dedicó unas palabras. Disgustó con mi padre porque este nunca aceptó que las puertas de la casa quedaran abriendo hacia la calle. Era una locura, pero pensándolo bien, quizá no lo era tanto. Probablemente Maximiliano quería que aquella casa expulsara, antes que ser tan acogedora y hospitalaria.

Hace más de seis años que no leo una línea de *Afuera estaba la noche*, mi novela, y hace otro tanto que no leo un verso de *Regresemos a que nos maten amor*, mi libro de poemas. En la actualidad he decidido, en lo posible, evitar las lecturas en público de este último texto, al que considero un libro trágico. Es más, me había prometido no volver a escribir sobre el tema. Pero no sé, luego de escribir una novela, un poemario y más de diez cuentos, siempre queda algo que decir. Pero tal vez, en el fondo, no sea lo quede por decir, sino la ausencia de justicia en que se ha visto envuelto el asunto. Mi padre, por ejemplo, murió a los setenta y nueve años, desterrado en una ciudad en la que nunca se acostumbró a vivir. La violencia de este país (su increíble falta de generosidad), le debe a mi familia, por lo menos, cinco o siete años de la vida de mi padre, porque estamos seguros que en su pueblo él hubiera vivido unos años más. Sin embargo el tiempo perdido o robado es algo difícil de cobrar en una demanda al Estado. Yo puedo decir también que mi madre, mis hermanos y yo mismo, hemos envejecido más rápido. El dinero y el trabajo que se perdió no importan demasiado. Quizá ni siquiera importaran las vidas que se desperdiciaron y no habría que pensar en cobrarlas (muchos han cobrado pobremente a sus deudos) si uno tuviera la seguridad de que a partir de ahora todo irá bien en el país, que empezará un periodo de comprensión y prosperidad para los hijos y los nietos de los muertos. Que mañana o pasado mañana nos levantaremos más fortalecidos. Pero, siendo optimistas y viendo la torpeza y la poca grandeza de nuestros dirigentes, quizá lo único que se pueda hacer es rogar para que algo como lo sucedido no vuelva ocurrir.

Pero día a día uno ve que la gente no ha aprendido de la experiencia, que en las ciudades —donde quizá menos se sintió el coletazo de esta especie de Hidra de Lerna, producida por una sociedad codiciosa y enferma— las personas actúan como si nada hubiera pasado, como si quisieran repetir y reanudar una partida truncada. El país entero cierra los ojos y pretende echarle tierra al asunto, ignorando que en sus calles hay cinco millones de desplazados. Resulta una cruel ironía que la nación que se cree más feliz y de mejor familia en el mundo es la misma que ha producido mayor desplazamiento forzado a nivel interno. Un desplazado, amigo lector, que pide a través de la reja de su casa un mendrugo de pan o se expone en la calle, al pie de un semáforo, es también una persona normal (aunque dudo que las personas normales existan), como usted, o como yo, con deseos de vivir la vida y salir adelante, con sueños como los suyos o como los míos, que fueron extirpados de raíz por un Estado ciego, que se vende al mejor postor y no ve más allá de sus narices.

Quizá lo que sucede, al fin de cuentas, es que no existe el Estado, como lo asegura el poeta Hermes Ospino Castro. El Estado que dice existir odia al ciudadano del común. El que no tiene un peso en los bolsillos, el que apenas gana para vivir y no tiene para pagarse un abogado de renombre. Porque el nuestro es un país en el que, como dice una de los personajes de *Mañana cuando encuentren mi cadáver* (mi novela ganadora en Francia), hay que tener de amigos a un abogado y a un policía. No causa extrañeza entonces que un piquete de soldados, que pagamos con nuestros salarios, que debían estar a nuestro servicio, estén lo bastante ocupados cuidando las instalaciones de una multinacional norteamericana que paga religiosamente su cuota a los paramilitares. Esto hace que, en ocasiones, como ha ocurrido en la historia reciente de nuestro país, uno abogue por la inexistencia de los gobiernos, ese enorme monumento a la conveniencia. Cuando descubres que el Estado es manipulado y usado contra ti, ¿qué puedes esperar de tus iguales? Cuando tus enemigos más acérrimos se encuentran entronizados en las fuerzas militares o en el Congreso de diputados, sólo puedes estar seguro de que tienes asegurado un pequeño sitio en el infierno de los hombres.

Mi pueblo era un sitio pequeño. Olvidado. No digamos que de Dios (al que tal vez solo faltó bailarle un areíto como lo hizo el cacique Hatuey quinientos años atrás para que le ordenara a sus adoradores que no les hicieran daño), sino de los hombres. Pero resulta que no era malo que nos tuvieran olvidados. Total, un hombre sólo debe a otro hombre cierta dosis de desprecio, como atinaba decir Fiodor Dostoievski, y con eso basta. ¿Cómo fue que aquel pequeño pueblo se granjeó enemigos tan poderosos? ¿Cómo fue que atrajo el odio de enemigos enquistados en aquella cueva de criminales llamada Congreso de la República? ¿Acaso no les bastaba con los derechos que les usurparon sin que ellos nunca les reclamaran? ¿Acaso escucharon decir alguna vez que en LA AVIANCA, Magdalena, odiaban la democracia, que no querían pagar sus impuestos? ¿No eran ellos los empleados de mi pueblo? ¿Tenían en realidad que enviar sus esbirros para que los aniquilaran?

Hoy sabemos cuánto vale un pobre en Colombia y sabemos el hotel resort (ya que no pueden ofrecerle el paraíso) que les espera a quienes se utiliza para liquidarlo. Mi pueblo oye decir “fuero militar” y le dan ataques de risa. Los nervios se le tensan como las cuerdas de una guitarra.

El último muerto de la barbarie se llamaba Víctor Ternera de la Hoz y yo me inventé el cuento de que hablaba con los carros. Lo asesinaron sólo un mes

antes de que supuestamente los paramilitares se entregaran. Víctor no le debía nada a nadie, pero cargaba un inmenso pecado: era demasiado honrado y honesto para la dirigencia de este país infame.

Recuerdo que el día de la entrega en la zona de la Sierra, Ulises, el hijo mayor del Finado Justo Castro vino a verme a mi casa en Barranquilla (me lleno la boca de decir casa, pero no es casa, es simplemente un largo zaguán con una sala y un cuarto donde nos acomodamos con mi mujer y los niños y cualquiera que necesite un sitio para pasar la noche). Ulises tenía una niña de meses aquejada por una rara enfermedad, internada en el Hospital Pediátrico. Aquel día era la “entrega” de los paramilitares y la tarde anterior un hombre lo había visitado en su vivienda de pobre en un barrio de Santa Marta donde había terminado desplazado. El hombre estaba ofreciendo dinero a los chicos de su edad para que al día siguiente lo acompañaran para entregarse fingiéndose paramilitares. Es evidente la falta de imaginación que exhibe el libre cambio para reclutar a sus mercenarios. Si el hombre hubiera dicho que necesitaba un contingente de jóvenes para armar un grupo de paramilitares o para dejarse matar por grupos paramilitares (como ocurrió con los famosos falsos positivos), también hubieran ido. Es el comercio clandestino de la mentira, del artificio, pero también de la necesidad, del hambre. Ulises no fue, pero sí pudo ver cómo en la madrugada los chicos de su barrio recibían cincuenta mil pesos por cabeza y se embarcaban en camioncitos carpados.

Como colofón a esta historia tengo que decir que la bebé de Ulises no se salvó, que terminó muriendo un mes después en el Hospital Pediátrico. No quiero contar qué pasó con ella, ni qué tipo de tratamiento médico necesitaba para salvarse. Eso tampoco ayudará en nada para que mejoren nuestros hospitales que dependen de esa hidra voraz e inexistente, llamada Estado, cuyos andamios (a pesar de su no existencia) no han sido retirados. El día que lo hagan, se cae con todo y gobernantes.

(Septiembre 21 de 2013).